Los colores olvidados

«Y yo puedo llegar a ser como las personas mayores,
que sólo se interesan por las cifras.
Para evitar esto he comprado
una caja de lápices de colores»

El Principito, Antoine de Saint-Exupéry

Carmesina nació en el seno de una familia cualquiera en una ciudad triste de un lugar poco conocido. Vino al mundo en una mala época: los países iban a la deriva y el ambiente de hastío no era el más indicado para traer niños al mundo. Tal era el desaliento que sin saber cómo ni por qué hasta los colores empezaron a desaparecer, dejándolo todo de un gris frío e impersonal. Carmesina fue concebida sin la pretensión de sus padres, que no creían que se pudiera crear vida, ni mucho menos mantenerla, en aquellos tiempos de estados carenciales. Sin duda, eran días oscuros, inapetentes y de crisis generales. A medida que el gris parecía extenderse, todo el mundo sucumbía al desánimo.

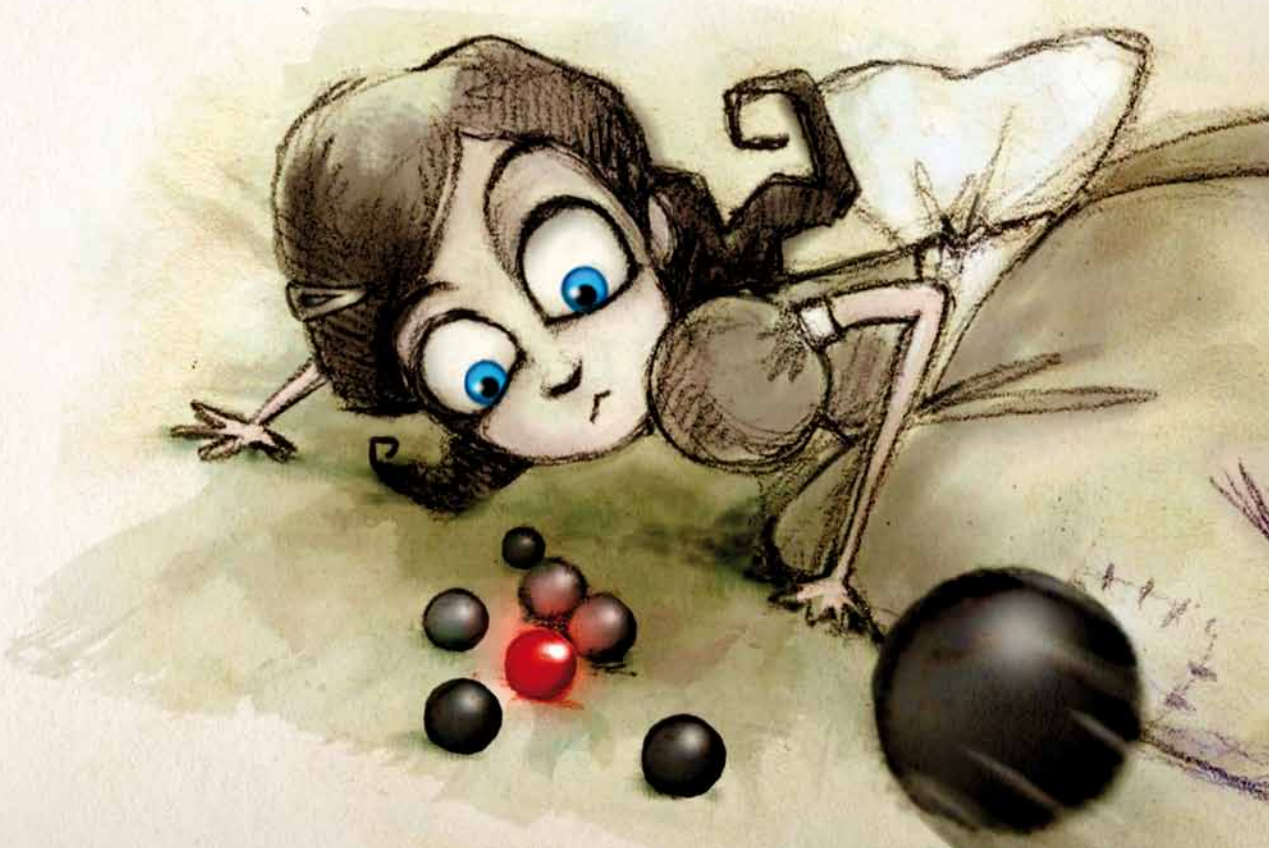
Carmesina a los 6 meses

Por eso, Carmesina, nada más nacer, fue un ápice de esperanza para sus padres y un caso curioso, pues era la primera niña en muchos años que nacía con los ojos azules en lugar de la mirada oscura del resto de infantes.

No se sabe si fue por la claridad de su mirada, pero Carmesina siempre mostró un interés desmedido por los pocos colores que aún restaban en su mundo. Por esa razón, uno de sus primeros regalos fue una caja de lápices de colores, una de las pocas que quedaban en el mundo. Para su desgracia, el siguiente regalo fue un parche para el ojo. Sí, Carmesina sufrió un accidente siendo pequeña y se quedó sin la visión de un ojo. De la manera más absurda, como suelen suceder estas cosas. Mientras una tarde jugaba con los niños a las canicas oscuras, descubrió que entre todas ellas brillaba una de forma especial.

Una canica de un rojo intenso, casi púrpura, como no había visto antes. La niña se agachó hacia el montoncito de canicas para observarla detenidamente. Mientras apoyaba su cabeza en el gris asfalto, otro niño se dispuso a lanzar su canica hacia el resto. Al instante, un grito, un alarido de dolor de Carmesina. Su ojo derecho había recibido el impacto del resto de las canicas y otro rojo, diferente al de la canica, se extendía por el asfalto.

A partir de aquel día la vida de Carmesina cambió por completo. No sólo había perdido la visión de un ojo, sino que sus padres le habían retirado su caja de colores, porque según su madre «el color había traído la desdicha a su casa». Para colmo de infortunio, el resto de niños la repudiaban, pues nadie quería tener una amiga con un parche en el ojo. Así pues, no le quedaba nada más que restar apartada y sintiendo pena de sí misma. Lloraba y lloraba, y el parche se le empapaba de tristeza y desesperanza. Sin embargo, existía una única cosa que le alegraba la vida: recordar aquel color que había descubierto entre tanta oscuridad. Sus padres intentaron evitar cualquier nuevo contacto con los colores, pero Carmesina, con ese recuerdo, incesantemente los buscaba. Mientras caminaba por la calle, mientras observaba los libros de clase, mientras paseaba por el campo, imaginaba y buscaba con anhelo algún síntoma de color. Pero cada vez iban quedando menos tonos con los que pintar el mundo.



Un tarde cualquiera, cuando Carmesina ya era jovencita y estaba buscando un retazo de color, se cruzó por delante de ella un gato —como no podía ser de otra manera— negro. El gato se detuvo y empezó a observarla. Al fin, Carmesina también lo miró y le interrogó sin esperar respuesta: «¿Por qué me miras tan fijamente, gato negro?». Y sin saber cómo ni por qué aquel gato le contestó: «Te observo porque tu mirada tiene un color que yo hacía mucho que no veía».

Carmesina no podía creer lo que su único ojo estaba viendo. El gato prosiguió: «Sí, ya sé que te parece un poco extraño que hable, pero es que hay muchas cosas que tú desconoces. Como que los gatos hablamos y que los colores existen, como sucede en tu mirada».

—¿Por qué insistes en mi mirada? ¿Acaso eres un gato ciego o tonto, que no ve que me falta un ojo? —le interrumpió Carmesina molesta por tanto comentario.

—No soy ni ciego ni tonto, como mucho un gato repudiado por la buena suerte. Pero sí que sé que buscas desesperadamente los colores —dijo el Gato negro. La muchacha, extrañada, preguntó:

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya te lo he dicho, hay muchas cosas que desconoces —contestó el gato lamiéndose el pelaje.

—A ver, gato listillo, ¿qué cosas desconozco? —prosiguió Carmesina.

—Que el color existe, que es real, pero que un día las personas dejaron de creer en los colores y éstos empezaron a desaparecer. Pero yo sé dónde están —dijo el Gato negro casi susurrando como si fuera un secreto.

Carmesina, emocionada, preguntó: «¿dónde? Dime dónde están, que los iré a buscar», y el